

BREVE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA OCCIDENTAL

Vicente Caballero de la Torre



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la filosofía occidental*
Autor: © Vicente Caballero de la Torre
Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S. L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: Montaje fotográfico de la *Loba capitolina* o *Luperca*. Estatua de bronce que se encuentra en los Museos Capitolinos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-946-4
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-947-1
ISBN edición digital: 978-84-9967-948-8
Fecha de edición: mayo 2018

Impreso en España
Imprime: Podiprint
Depósito legal: M-11545-2018

*A las personas de las que más he aprendido como
profesor: mis alumnas y alumnos.
Siempre en el recuerdo. Con afecto.*

*Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio,
que las soñadas en tu filosofía.*

Shakespeare

Índice

Prólogo.....	13
Introducción breve	15
Capítulo 1. Pensarlo todo por primera vez	17
Pensar la materia	20
Pensar el número	28
Pensar el devenir	31
Pensar el ser	33
Capítulo 2. La ilustración griega. Sócrates y los sofistas	37
Capítulo 3. Platón de Atenas	51
Conocimiento de la realidad	52
El ser humano, la ética y la sociedad política	56
Estética y filosofía del arte	62
Obras	64

Capítulo 4. Aristóteles de Estagira	67
Conocimiento de la realidad	68
Dios	78
Ser humano	79
Ética o filosofía moral	80
Teoría de la sociedad y filosofía política	84
Estética y filosofía del arte	87
Obras	89
Capítulo 5. Helenismo grecorromano	91
La escuela estoica	93
El hedonismo o epicureísmo	98
Capítulo 6. Filosofía cristiana y cristianos que filosofan	105
El desprecio por la filosofía	109
Acercamiento del mundo cristiano a la filosofía: los Padres de la Iglesia	111
San Agustín de Hipona o el «Platón cristiano»	115
El islam medieval y la filosofía. La marca hispánica	132
Santo Tomás de Aquino o el «Aristóteles cristiano» y la crítica de Duns Scoto	139
Guillermo de Ockham en la antesala de la mentalidad científica	159
Capítulo 7. Razón, experiencia y método científico	167
El racionalismo y la sustancia: Descartes, Spinoza y Leibniz	168
El empirismo y la desaparición de la sustancia cartesiana: Bacon, Locke y Hume	182

Capítulo 8. La síntesis moderna: Kant	193
Razón teórica: conocimiento de la realidad y peculiaridad del juicio estético	194
Razón práctica: teoría de la moralidad, ética y fundamento del derecho	210
Juicio histórico y pensamiento político en diálogo con Rousseau, Locke y Hobbes	216
¿Qué puedo saber, qué debo hacer y qué me cabe esperar?	220
Capítulo 9. Cuando la historia de la filosofía devino en filosofía de la historia	223
La historia avanza hacia lo mejor: Hegel	224
Los críticos hegelianos de la religión: la «Sagrada familia» y su influencia en Engels y Marx	231
La clase trabajadora como sujeto de la historia universal: Engels y Marx	235
Capítulo 10. El eclipse sobre Occidente	245
El «otro» discípulo de Kant: Schopenhauer y el pesimismo	246
Nietzsche	248
Capítulo 11. Wittgenstein y Heidegger: dos sendas de bosque se encuentran en el claro	261
El carpetazo al sueño logicista: Wittgenstein	268
Entrampados por el lenguaje y alejados del ser: Heidegger	278
Epílogo	291
La teoría crítica en Jürgen Habermas y su proyección en el europeísmo actual	293

Hedonismo y vitalismo nietzscheano para un republicanismo del siglo XXI en Michel Onfray	297
Bibliografía	301

Prólogo

¿Cómo escribir el prólogo a una historia de la filosofía sin ser filósofo? Caí entonces en la cuenta de que la filosofía, por supuesto, es una disciplina, y como tal, susceptible de estudiarse como un saber específico: puedes especializarte en filosofía como puedes, por ejemplo, especializarte en historia, en biología o en ingeniería de canales, caminos y puertos. Pero la filosofía es un poco de todos; también de los profanos. Lo es por su propio significado: amor al saber, la patria en la que acabamos por encontrarnos todas las personas cultas o que aspiramos a serlo, la república de las letras, como decían los ilustrados del siglo XVIII. Pero lo es también por su objeto, que comparten ya no solo las personas cultas, sino todos y cada uno de los seres humanos: el pensamiento.

Porque la filosofía consiste, en lo esencial, en eso: en pensar. Pensar, eso sí, desinteresadamente, por el mero

placer de hacerlo, por la mera curiosidad de comprender cuanto nos rodea, sin el deseo implícito de dominarlo. Pensar, además, sobre todo: sobre lo que se ve, primero; sobre lo que no se ve, después; sobre la naturaleza, al principio; sobre el ser humano, más tarde; sobre su sociedad, por último; sobre el propio pensamiento incluso. Pero pensar sin cesar, infatigablemente, sin prejuicios y sin miedo a las conclusiones; sin apriorismos ni condicionantes distintos de los que como seres humanos nacidos y educados en una época y una sociedad concretas nos impone nuestro contexto histórico y cultural.

Desde esa perspectiva está escrito este libro. No encontrarán en él los lectores una mera relación de autores, sino un análisis, por supuesto cronológico, pues de una historia se trata, de problemas a los que se han enfrentado los filósofos a lo largo de los siglos desde que, allá por el siglo VI antes de nuestra era, en un rosario de pequeñas ciudades diseminadas por las costas occidentales de Asia Menor, el ser humano fue capaz de dar un gran salto, el más decisivo de su historia: tratar de comprenderse a sí mismo y al mundo usando la razón, relegando el mito al lugar que le corresponde en el terreno de la literatura, el del arte o, en fin, de la belleza. Fue en ese instante cuando nació Occidente, cuando, de algún modo, se hizo posible la existencia de una sociedad de personas libres e iguales, cuando, en fin, la humanidad dejó atrás su larga infancia de milenios para comenzar a hacerse adulta e incluso, de la mano de los sofistas griegos, a criticarse a sí misma. La saga de esa apasionante y mágica aventura es la historia de la filosofía. Merece la pena conocerla.

Luis E. Íñigo Fernández
Director de la colección Breve Historia
Leganés, a 19 de enero de 2018

Introducción breve

La redacción de un texto sobre historia de la filosofía implica ya tener alguna filosofía. Al menos, una orientación sobre qué seleccionar, dado que se trata de un proyecto de *Breve Historia*. Hemos optado por no detenernos en detalles biográficos y hemos evitado hacer semblanzas psicológicas de los autores. También hemos pensado que entender que la historia de la filosofía es sobre todo la historia de la influencia del contexto histórico que da lugar a un producto cultural determinado, entre otros, sería un enfoque que alargaría en exceso esta obra.

En esta historia de la filosofía los protagonistas no son los autores ni tampoco las grandes ideas filosóficas. La trama, si es que tiene algún sentido hablar de esto, está en el devenir de ciertas nociones que han supuesto un gran quebradero de cabeza y sin las cuales las grandes

ideas se tambalean. No se trata de hacer la genealogía del imperativo categórico kantiano, bastará con que este sea comprensible. Pero sí es importante que las lectoras y lectores no se pierdan con todos los significados que la palabra «sustancia» tiene a lo largo de la historia de la filosofía, por ejemplo.

También hemos evitado presentar en ciertos autores sus distintas etapas como si se tratase de pensamientos diferentes. Cuando las diferencias entre dos etapas en un mismo autor son radicales y provocan una auténtica ruptura se considera que el pensamiento genuino de ese autor está en la etapa posterior. Este sería el caso del Kant de la *Crítica de la razón pura* respecto a la etapa precrítica. Ahora bien, si en un autor la diferencia entre etapas responde a giros dentro de la espiral que va dibujando la profundidad de su propio pensamiento, optamos por exponer este pensamiento como un todo coherente.

Este trabajo carece de grandes pretensiones, pero pensamos que tiene alguna utilidad. No es un libro de texto, pero constituye un manual de historia de la filosofía de cómodo manejo y transporte. No falta nada de lo que es importante para estudiantes preuniversitarios en relación con la materia. Es útil también para personas que quieren por propio deseo acercarse a la filosofía. Y, por supuesto, es lo bastante riguroso como para poder ser apreciado por estudiantes universitarios de carreras de humanidades que contengan materias de filosofía en su programa. Esta historia de la filosofía está pensada tanto para personas interesadas en las ciencias naturales como en las sociales o la formación humanística y artística.

Es de justicia que se acabe esta introducción agradeciendo con sinceridad a Nowtilus la oportunidad de publicar este libro y el exquisito trato dispensado.

1

Pensarlo todo por primera vez

La historia de la filosofía occidental arranca en Grecia allá por el siglo VI antes de Cristo. Discutir sobre qué motivó el pensamiento filosófico puede ser una pérdida de tiempo si lo que nos interesa es conocer la semblanza o el retrato psíquico, por decirlo así, de los primeros pensadores. Su mundo está ya tan alejado del nuestro en tantos aspectos..., la virginidad con la que su mirada se dirigía hacia todo hacía de la imagen que recogía algo tan prístino que, para las inteligencias ya moldeadas del mundo moderno, es muy complejo sospechar sus intuiciones. Ahora bien, los filósofos presocráticos o pensadores iniciales (como también se los conoce) no albergaban un saber casi místico ni eran unos iluminados. Estos pensadores fueron unos pioneros en una forma de pensar que, partiendo de la vida práctica (uso de ciertas técnicas, discusión de problemas prácticos, etc.), era capaz de



Jonia, actual Turquía, en la costa de Asia Menor, es la cuna de la filosofía occidental. Las colonias griegas establecidas allí vieron aparecer la moneda, la filosofía y la geometría casi al mismo tiempo.

desengancharse de las necesidades a las que responde tal pensamiento para intentar, por primera vez, que este se dirigiera a las cosas mismas y no a las cosas en tanto que útiles o prácticas. Pongamos el caso del pensamiento del herrero que, en la fragua, ha de forjar algún útil a partir del hierro. El pensamiento del filósofo que por vez primera procura componer una explicación de cómo a

partir del fuego pudo originarse todo el universo no dista tanto del pensamiento del herrero que controla todos los pasos de la producción manejando las técnicas precisas. La diferencia radica en que el pensamiento del pensador se mueve, partiendo de la observación de lo que hace el herrero, en el plano de lo universal y lo desinteresado, es decir, de algo que concierne a todo el cosmos y cuya única finalidad es satisfacer la curiosidad (sin tener una aplicación práctica inmediata).

Otro lugar de discusión entre historiadores de la filosofía y también entre filósofos *profesionales* es cómo clasificar a estos primeros pensadores. Obviamente, lo más fácil es seguir un criterio cronológico para exponerlos. Sin embargo, en muchos casos solo se sabe de ellos alguna fecha significativa en relación con sus trayectorias, pero se desconoce la edad exacta que tenían en la misma. Por otro lado, no aparece un hilo conductor definido que permita considerar que la exposición en orden cronológico de sus pensamientos nos vaya a llevar en una dirección clara. Otros criterios consisten en aplicar conceptos filosóficos posteriores a estos pensadores y decir que unos eran, por ejemplo, materialistas (físicos en sentido literal) y otros, en cambio, espiritualistas. Por simplificar un poco y a la vez dar un enfoque que nos parece más adecuado a lo que fue el despertar de la conciencia filosófica en la Grecia anterior a Sócrates y la ilustración griega, los dividiremos en los siguientes apartados:

- Pensar la materia
- Pensar el número
- Pensar el devenir
- Pensar el ser

PENSAR LA MATERIA

La despersonalización de los elementos naturales llevada a cabo por los primeros pensadores fue el gran logro de estos, a pesar de los muchos errores cometidos. En Asia Menor, al otro lado del mar que baña las costas de Grecia, unos colonos griegos de la ciudad-Estado de Mileto, se aventuraron a desmitificar los elementos materiales y a pensarlos como algo que obedece a una serie de leyes o procesos naturales y no a la voluntad de los dioses. El primero de ellos fue Tales de Mileto, allá por el siglo VI a. C. Para Tales, el principal problema era comprender cómo podían reducirse todos los aspectos aparentes de la materia a un solo elemento subyacente. Otro misterio es, como es obvio, el de la aparición de la vida a partir de lo inerte. Encontrar el principio arquitectónico —que como piedra angular sostiene y fundamenta toda la demás materia— conlleva un esfuerzo de abstracción que Tales no realizó pero que sí llevó a cabo su discípulo Anaximandro. Tales postuló el agua en un sentido muy general (no solo como agua líquida que corre o se estanca, como estamos acostumbrados a tratar con ella) como principio fundamental del resto de elementos (aire, fuego y tierra). Para quien se queda en las apariencias de las cosas esto puede parecer una necedad: ¿cómo va el agua a estar en la base del fuego? Pero no lo es tanto si recuerda unas nociones de química elemental y se da cuenta de que —esto Tales no lo podía saber, pero quizá lo sospechaba— uno de los elementos del agua (el oxígeno) es necesario para la combustión.

Sea como fuere, Tales podía aducir a su favor que todo lo que está vivo contiene algún grado de humedad y, por ende, de agua, pero no podía explicar el ciclo de las transformaciones. Que el fuego no era un privilegio de los dioses que el titán Prometeo robó estaba claro

para estos pensadores iniciales pero lo que ya no estaba tan claro es el hecho de que todos los elementos pudieran reducirse a uno solo que funcionase como su principio. Por eso el discípulo de Tales, al que se supone unos quince o veinte años más joven que él, tuvo una idea absolutamente brillante: el principio fundamental de la realidad no es ninguno de los cuatro elementos sino algo que, si bien es perfectamente real y material (lo más real, de hecho), solo puede captarse mediante el pensamiento. Anaximandro lo llamó *ἄπειρον*. Se pronuncia /ápeiron/ y significa 'lo que carece de límites'. No es lo infinito. Lo infinito —tanto en un sentido espacial como temporal— no es un concepto propio de la Antigüedad grecorromana. Decir de algo que no tiene límites (como los límites que sí tiene una figura geométrica tridimensional, incluida la esfera), lo que equivale a decir que puede adoptar cualquier forma o figura o, mejor dicho, cualquier configuración: tierra, agua, fuego o aire. La posterior mezcla de estos cuatro elementos es la realidad tal como se deja percibir. Hoy sabemos algo que estos primeros pensadores no sabían: que el grado de estabilidad de los enlaces electrónicos está directamente relacionado con los estados de la materia. Algo semejante, pero más pedestre como explicación que lo que hoy nos dicen la física y la química, se le ocurriría casi dos siglos después de Anaximandro a Demócrito (lo veremos posteriormente). El problema de Anaximandro es que concebía la materia como un continuo y no como un cúmulo de realidades discretas, es decir, fragmentadas o divididas en paquetes de materia. Y con esa concepción era difícil comprender el cambio de estado de la materia y, por lo tanto, la forma en la que esta se nos presenta a la percepción por nuestros sentidos. No debe extrañarnos, pues, que algunos filósofos presocráticos posteriores (Parménides y Zenón de Elea) hayan incluso negado



Estatua de Prometeo en el Rockefeller Plaza (Nueva York).
Fotografía de Andy C. bajo licencia *Creative Commons* BY-SA 3.0.

que los sentidos nos muestren el ser de las cosas tal como es, valga la redundancia. El discípulo de Anaximandro, Anaxímenes, acabará dando una solución dialéctica (como sostiene Gustavo Bueno): si dice la tesis que el primer principio es material, limitado y perceptible (el agua) y la antítesis que es material, ilimitado y no perceptible (el *ápeiron*), la síntesis dialéctica que propone Anaxímenes es que tal principio es material, ilimitado y perceptible solo bajo ciertas manifestaciones: el aire. Este aire no es solo el aire que se hace notar mediante el viento o cuando corremos y lo sentimos chocar contra nuestro rostro, sino que es el aliento vital que anima y da vida. Por esto último algunos historiadores de la filosofía han considerado que quizá Anaxímenes estaba abriendo una puerta a cierto espiritualismo con esta solución.

Como se adelantó unas líneas más arriba, quienes fueron capaces de entender que la materia se reducía a un principio discreto, siempre el mismo cualitativamente pero cuantitativamente ilimitado (se desconoce el número de unidades del mismo), fueron Leucipo y Demócrito. Leucipo fue también oriundo de Mileto (como Tales, Anaximandro y Anaxímenes) donde nació en el siglo v a. C. Hasta el hallazgo de ciertos datos (papiros de Herculano) algunas autoridades han tenido predicamento cuando sostenían que Leucipo nunca existió. Sin embargo, parece que Leucipo fue quien formuló los principios del atomismo: hay vacío, las partes materiales (*a-tomos*: 'sin partes') se mueven en ese vacío (si no hubiera vacío no habría movimiento) y, por lo tanto, lo que sucede responde a una razón mecánica (causa-efecto). Imaginemos un puñado de canicas (átomos de lo gaseoso y lo líquido) mezclado con otro puñado de elementos hechos de la misma materia pero con formas ganchudas que encajan entre sí (átomos de los sólido). Esto fue más o menos lo que imaginó Demócrito. Cuanto más ajustado y firme sea el enganche entre los átomos más estable será su realidad y su apariencia ante nuestros sentidos será más patente: sólida, duradera en su estado visible, etc. Cuanto menos, menos estable es esa realidad (como la corriente de un río) y su apariencia no acaba de cristalizar o de definirse. Los átomos son extensos y resistentes, indivisibles por su propia naturaleza, inalterables e incorruptibles y solo son diferentes entre ellos por su tamaño o magnitud, por su figura (más o menos lisa, más o menos ganchuda) y por su afinidad (los átomos esféricos y lisos se unen y permanecen en su unión entre ellos con más facilidad que si se unen con átomos ganchudos): lo semejante tiende a unirse a lo semejante. Además de presentar una figura y un tamaño y de ser resistentes, indivisibles, inalterables e incorruptibles (todo ello son propiedades intrínsecas), los



DEMOCRITVS.

Ilustración de Demócrito en la obra de Thomas Stanley, (1655), *The history of philosophy: containing the lives, opinions, actions and discourses of the philosophers of every sect. Illustrated with effigies of divers of them* (*Historia de la filosofía: Con vida vidas, opiniones, actos y discurso de los filósofos de cada escuela, ilustrada con efigies de varios de ellos*).

átomos son susceptibles de movimiento y posición. Esto estaría en la base de ciertas sensaciones como el frío y el calor.

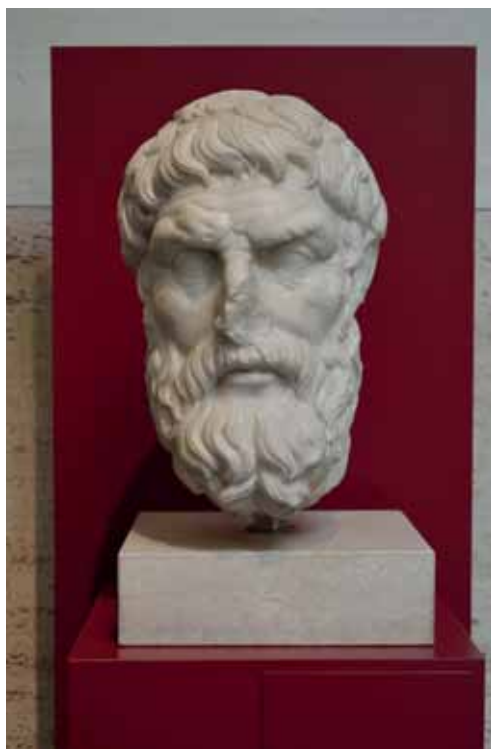
El atomismo tiene consecuencias devastadoras para la religión politeísta griega. Si la materia es la misma y todo sucede por necesidad, ¿cómo pueden los dioses romper el curso de esa necesidad? ¿Son los dioses impotentes? Y, si es así, ¿por qué seguir temiéndolos? El atomismo suponía

un ataque a la moralidad griega —y a la forma de educar a los infantes (basada en los relatos míticos)— porque dejaba en suspenso y sin razón el temor a los dioses. Sin embargo, no era en absoluto un peligro para la vida ética. Al contrario. Pensemos que los dioses griegos carecían de ética y su código moral se basaba —como el de los capos y mafiosos de nuestra época— en el reconocimiento de su superioridad. Si este era negado se consideraba como un acto de intolerable deslealtad y el humano caía, supuestamente, en desgracia:

Encolerizándose le dijo Zeus al amontonador de nubes (a Prometeo): «Tú que sobre todos destacas en entender de astucias, te regocijas de haber robado el fuego y burlado mi entendimiento, ¡gran desdicha para ti mismo y para los hombres futuros! A ellos, a cambio del fuego, yo les daré un mal con el que todos se gocen en su ánimo, encariñándose en su propia desgracia». Así habló, y rompió a reír el padre de los dioses y los hombres. Y al muy ilustre Hefesto le mandó que a toda prisa hiciera una mezcla de tierra y de agua, que le infundiera voz y hálito humanos, y hermosa figura de muchacha para que en su rostro seductor se asemejara a las diosas inmortales [...] Luego, una vez que hubo armado su trampa aguzada, irresistible, envió el Padre hacia Epimeteo al Ilustre Matador de Argos, el veloz mensajero de los dioses, llevándole el obsequio. No recordó Epimeteo que le había advertido Prometeo que jamás aceptara un regalo de Zeus Olímpico, sino que se apresurara a devolverlo al punto, para que no les sucediera algún desastre a los mortales. En aquel momento lo aceptó y sólo lo advirtió cuando ya tenía encima la desgracia.

Trabajos y días
Hesíodo

(Tomado y adaptado del *Diccionario de mitos*
de C. García Gual)



Busto de Epicuro, Palazzo
Massimo alle Terme (Roma)

Quien extrajo las consecuencias éticas del atomismo fue Epicuro (aunque para ello introdujo algunas modificaciones en los conceptos teóricos sobre el movimiento de los átomos) ya en el siglo IV a. C. Epicuro *recetó* a la humanidad un fármaco de cuádruple acción (el *tetrafarmaco*): contra el miedo a la muerte, contra el miedo al dolor, contra el miedo al fracaso y contra el miedo a los dioses. Cuando la muerte *es*, nosotros no somos y cuando nosotros *somos* (y, por lo tanto, pensamos en la muerte) la muerte, por definición, no está. Esto no evita, claro está, el miedo al sufrimiento por la muerte de aquellos a quienes amamos. Con respecto al dolor físico, Epicuro considera necio anticiparlo cuando no está —aunque considera prudente hacer lo posible por evitar que llegue—, de modo que es algo de lo que uno puede ocuparse en el momento adecuado (el dolor desaparece o se aprende a vivir con él).

No puede haber miedo al fracaso ni a la soledad cuando se ha cultivado una sana amistad con personas de nuestra generación, que siguen ahí cuando la familia va desapareciendo y que nos apoyan cuando las cosas no van como deseamos. Finalmente, temer a los dioses es una estupidez si consideramos, siguiendo a Epicuro, que todo en la naturaleza sucede por la necesidad (en términos de configuración, tamaño, movimiento y posición de los átomos) y que los dioses —si existen— no pueden ser más que espectadores de lo que sucede, nunca actores que intervengan en romper un orden de causas y efectos al que ellos mismos están sometidos.

No debe cerrarse este apartado acerca de los primeros pensadores de la materia sin referirnos a Empédocles (de Anaxágoras se tratará cuando se exponga el tiempo de Pericles, en el capítulo dedicado a Sócrates y la ilustración griega). Empédocles (siglo v a. C.) quizá no fue tan sutil como Anaximandro o como Demócrito y, en cierto sentido, su filosofía es muy básica, casi rudimentaria (se basa en afirmar la existencia de los cuatro elementos y que estos se unen o separan por dos principios llamados amor y odio). Pero, si hemos de hacer caso al testimonio de Platón, al menos postuló una interesante explicación acerca de cómo es que los seres materiales humanos pueden reflejar mediante la percepción y la conciencia la realidad material externa a ellos mismos (la no humana y a otros seres humanos). Escribe Platón en su diálogo *Menón*:

SÓCRATES ¿No decís, según el sistema de Empédocles, que los cuerpos producen emanaciones?

MENÓN Sin duda.

SÓCRATES ¿Y que tienen poros, por los que y al través de los cuales pasan estas emanaciones?

MENÓN Seguramente.

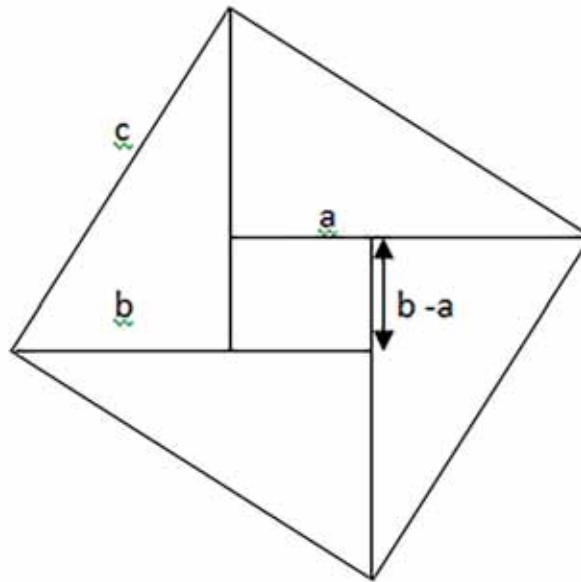
SÓCRATES ¿Y que ciertas emanaciones son proporcionadas a ciertos poros mientras que, para otros, ellas son o demasiado grandes o demasiado pequeñas?

MENÓN Es verdad.

PENSAR EL NÚMERO

«¿Y si la respuesta pasa por pensar que el principio que estructura y fundamenta la realidad material no es, él mismo, material?». Esta fue la pregunta que se hizo Pitágoras. Tomemos como ejemplo la música, a cuya investigación también se dedicó. Tenemos un instrumento de cuerda que reproduce una melodía y un instrumento de viento que hace lo mismo. Podemos también jugar a extraer esas notas musicales de varios vasos de cristal llenos de agua hasta distintos puntos... La vibración de la cuerda, el sonido que el aire emite al salir o no por unas u otras oquedades y la interacción entre el agua y la vibración que le comunica el cristal responden a una misma norma, independientemente del principio material: la melodía es la misma y perfectamente reconocible en cualquier instrumento por quien solo la ha escuchado en uno distinto. La música es percibida por el sentido del oído, es transmitida por la materia, pero no es en sí misma materia. Responde a una lógica numérica. ¿Y si esta fuera la clave de la realidad completa?

Pitágoras, como Sócrates (siglo v a. C.) y como Jesucristo, no dejó nada escrito. Esto contribuye al misterio en torno a su figura. Según Kirk y Raven, Pitágoras no era un pensador estrictamente racional y su enfoque



El área del cuadrado grande es la suma de las áreas de los cuatro triángulos rectángulos y el cuadrado pequeño dentro del cuadrado grande. Esto proporciona, hechas las deducciones pertinentes, una prueba algebraica del teorema de Pitágoras.

a veces rozaba con lo que ahora denominaríamos con el término «mística»:

Aristóteles dice que Pitágoras fue llamado Apolo Hiperbóreo por los Crotoniatas. El hijo de Nicómaco (i. e. Aristóteles) añade que Pitágoras fue visto por mucha gente, una vez, el mismo día y a la misma hora en Metaponto y en Crotona y que, cuando se levantó en el teatro de Olimpia durante los juegos, Pitágoras enseñó uno de sus muslos de oro. El mismo escritor dice que, cuando estaba atravesando el Cosa, el río le dirigió un saludo y que muchos oyeron la salutación. [...] Una vez más, en Caulonia, como dice Aristóteles, profetizó la llegada de una osa blanca, y Aristóteles también, además de otra mucha información sobre él, añade que, en Tírrenia, mató a dentelladas a una serpiente que le había herido de muerte y que predijo a los Pitagóricos la revuelta

política que se aproximaba y que, por esta razón, se marchó a Metaponte, sin que nadie le viera. [...] Está claro que el éxito de Pitágoras no fue el de un simple mago u ocultista que sólo llama la atención del débil mental o del inseguro, sino que las citas 273-4 sugieren que alegó y, tal vez, poseyó un poder psíquico poco común. Desde la antigüedad se le comparó, sin duda, con diversos personajes visionarios de la edad arcaica tardía, tales como Aristeas, Abaris y Epiménides, a quien se creía poseedor de un número de hechos espirituales misteriosos, que incluían profecías, exhibiciones de poder sobre el mal, ayunos y desapariciones y reapariciones misteriosas.

Los filósofos presocráticos

Los pitagóricos gustaban de clasificar lo real en pares de opuestos (luz/oscuridad, bien/mal, etc.) y pensaron que la razón última de la realidad estaba en el número diez, expresado en una figura geométrica triangular compuesta de cuatro puntos. El primer punto o vértice del triángulo da lugar a dos puntos inmediatamente debajo (con dos puntos se compone la línea), estos dos puntos dan paso a tres (con tres se compone una superficie) y, finalmente, estos tres a cuatro (con cuatro puntos tenemos una figura tridimensional, con volumen). Esta forma de entender las matemáticas les llevó a una fuerte crisis intelectual interna. El teorema de Pitágoras dice que el cuadrado de la hipotenusa es el doble del cuadrado de los lados de un triángulo equilátero. Pues bien, como entendían que el número no es un instrumento de la razón para comprender la realidad —sino que es la razón misma de la realidad tal cual es— no pudieron asimilar las consecuencias de la aplicación del teorema a la hora de hallar el valor de la hipotenusa para un triángulo de lado uno. El valor de la hipotenusa es, en este caso, la raíz de dos. Pero la raíz de dos es un número

de infinitos decimales, lo cual va contra la comprensión de que la realidad es finita, acabada, y de que los números tienen personalidades, es decir, son enteros, de una pieza (llamamos números enteros al conjunto de los números naturales, el cero y los inversos aditivos de los naturales: -1, -2, etc.). El orden pitagórico se basaba en la finitud. Toda pluralidad como fruto de la unidad es finita, está formada de números enteros y también toda fragmentación o división de la unidad (quebrados de 1, como un medio [1/2], un tercio [1/3]) procede de ellos y, por tanto, de la unidad, y a ella revierten, ya que dos veces un medio es igual a uno, tres veces un tercio es igual a uno, etc. De forma análoga a cualquier quebrado p/q se le puede hacer retornar a la unidad pitagórica mediante operaciones de fragmentación y adición ($5/3 - 2/3 = 1$; $2/3 + 1/3 = 1$, por ejemplo). Se comprende la perplejidad que en el mundo pitagórico causó la emergencia del número irracional o inconmensurable —es decir, aquel que no puede medirse con la misma unidad que otro— como algo que se escapa al dominio de la unidad, ya que ninguna operación entera con él es capaz de retornarle al origen de todo (el uno).

PENSAR EL DEVENIR

La preocupación del pensamiento griego por el cambio incesante de todo lo que acontece y de nosotros mismos a lo largo de nuestra propia existencia ha quedado inmortalizada en la célebre expresión de Heráclito: *πάντα ῥεῖ* (/panta rei/, ‘todo fluye’). Se dice a veces que, al referirse al fuego cósmico como el origen de todo, Heráclito puso a un elemento como principio estructural de la realidad como lo habían hecho antes Tales y Anaxímenes con el agua y el aire, respectivamente. Pero esto no es así.



Panta rei. Escultura de Blanca Muñoz en la Plaza del Siglo de Málaga (España).

Heráclito no estaba diciendo que todo sea en última instancia fuego en su base y estructura profunda sino más bien que el devenir o incesante cambio de la realidad responde a una lógica alternante de ciclos de expansión y contracción donde el punto de inflexión entre uno y otro tiene que ver con el retorno al fuego originario. El malentendido proviene de Aristóteles: «Algunos postulan un solo elemento; de ellos, unos creen que es el agua, otros el aire, otros el fuego y otros algo más sutil que el agua y más denso que el aire, el cual, por ser infinito, dicen que contiene todos los cielos» (*De Caelo*).

Como explican Kirk y Raven en *Los filósofos presocráticos*, después de Aristóteles y su discípulo Teofrasto, el papel que Heráclito quiso atribuir al fuego se fue sumiendo en una mayor confusión al caer este pensador en gracia a la escuela estoica: «Los estoicos deformaron aún más la versión [...] Readaptaron radicalmente sus opiniones a sus propias y especiales

exigencias por ejemplo cuando le atribuyeron la idea de la *ecpyrosis*, la consunción periódica de todo el mundo mediante el fuego».

¿Qué quiso decir Heráclito el Oscuro? No es fácil saberlo. Quizá algo así como que no hay un principio tras los cambios sino que el cambio es el principio. La razón puede capturar dicho cambio que opera, como anticiparon los pitagóricos, mediante oposiciones que no son contradicciones lógicas irresolubles sino contrariedades reales, materiales, que van dando lugar a nuevas transformaciones. La razón es universal, dice Heráclito, aunque la mayor parte de las veces hagamos un uso particular de la misma que dificulta el entendimiento. Lo que capta la razón no es tal o cual elemento sino una ordenación que hace que el cambio incesante sea, no obstante, algo comprensible y no un caos: «Heráclito censura al autor del verso “ojalá que la discordia desapareciera de entre los dioses y los hombres”, pues no habría escala musical sin notas altas y bajas, ni animales sin macho y hembra, que son opuestos». (Aristóteles, *Ética eudemia*).

PENSAR EL SER

Parménides y Zenón de Elea pensaron el ser radicalmente: como algo que no puede cambiar, a pesar de las apariencias. Parménides nació en Elea, hacia el 540 a. C. aproximadamente, donde residió hasta su muerte el año 470. Se dice que fue pitagórico y que abandonó dicha escuela para fundar la suya propia, con claros elementos antipitagóricos.

El *Poema de Parménides* expone su doctrina a partir del reconocimiento de dos caminos para acceder al conocimiento: la vía de la verdad y la vía de la opinión. Solo el primero de ellos es un camino transitable, siendo el

segundo objeto de continuas contradicciones y apariencia de conocimiento.

Yo voy a contarte (y presta tu atención al relato que me oigas) los únicos caminos de búsqueda que cabe concebir: el uno, el de lo que es y no es posible que no sea [...] el otro, el de lo que no es y que es preciso que no sea, este te aseguro que es sendero totalmente inescrutable.

No hay *diversos* entes, solo hay *un* ser: los sentidos nos engañan. He aquí las razones:

- I. El ser es el mismo y no cambia. Frente al devenir, al cambio de la realidad que habían afirmado los de Mileto, así como Empédocles, Heráclito (sobre todo) y también Pitágoras, Parménides sostenía la afirmación de que cuando afirmamos que algo deviene, suponemos que ahora *es* algo que *no era* antes, lo que resultaría contradictorio y, por lo tanto, inaceptable, porque de lo que no es nada puede llegar a ser. El ser, por tanto, es inmóvil, pues de lo visto anteriormente queda claro que no puede llegar a ser ni perecer ni cambiar de lugar, para lo que sería necesario afirmar la existencia del no ser, del vacío, lo cual resulta contradictorio.
- II. El ser es entero e indivisible en partes, porque para admitir la división del ser tendríamos que reconocer la existencia del vacío, es decir, del no ser, lo cual es imposible. ¿Qué separaría esas divisiones del ser? Únicamente la nada, la cual es imposible pensarla siquiera, pues no existe; y si fuera algún tipo de ser, entonces no habría división. La continuidad del ser se impone necesariamente y, con ello, su unidad.
- III. El ser al que se refiere Parménides es material.

"Ἴπποι ταί με φέρουσιν, ὅσον τ' ἐπὶ θυμὸς ἰκάνοι,
πέμπον, ἐπεὶ μ' ἐς ὁδὸν βῆσαν πολύφημον ἄγουσαι
δαίμονος, ἧ κατὰ πάντ' ἄστη φέρει εἰδότα φῶτα·
τῇ φερόμην· τῇ γάρ με πολύφραστοι φέρον Ἴπποι
5 ἄρμα τιταίνουσαι, κοῦραι δ' ὁδὸν ἡγεμόνευον.

"Ἄξων δ' ἐν χνοίησιν ἴει σύριγγος αὐτὴν
αἰθόμενος — δαιοῖς γὰρ ἐπέιγετο δινωτοῖσιν
κύκλοις ἀμφοτέρωθεν —, ὅτε σπερχοῖατο πέμπειν
'Ἡλιάδες κοῦραι, προλιποῦσαι δώματα Νυκτός,
10 εἰς φάος, ὡσάμεναι κράτων ἄπο χερσὶ καλύπτρας.

"Ἐνθα πύλαι Νυκτός τε καὶ Ἡματός εἰσι κελεύθων,
καὶ σφας ὑπέρθυρον ἀμφὶς ἔχει καὶ λάϊνος οὐδός·
αὐταὶ δ' αἰθέριαι πλῆνται μεγάλοισι θυρέτροις·
τῶν δὲ Δίκη πολύποινος ἔχει κληῖδας ἀμοιβούς.

15 Τὴν δὴ παρφάμεναι κοῦραι μαλακοῖσι λόγοισιν
πεῖσαν ἐπιφραδέως, ὡς σφιν βαλανωτὸν ὄχηα
ἄπτερέως ὡσεὶ πυλέων ἄπο· ταὶ δὲ θυρέτρων
χάσμ' ἄχανές ποίησαν ἀναπτάμεναι πολυγάλκους
ἄξοντας ἐν σύριγγιν ἀμοιβαδὸν εἰλίξασαι

El *Poema de Parménides* es una de las obras más misteriosas y con más interpretaciones de la historia del pensamiento occidental

Platón, posteriormente, aceptando los postulados parmenídeos, identificó a ese ser con lo que, siendo real, no tiene materia (a lo que llamó formas o ideas) y realizó la síntesis del pitagorismo con el pensamiento de Parménides con el fin de superar a Heráclito (sin negar la parte de verdad de lo que este último afirmaba: el devenir, para Platón, sí existe, aunque de forma inferior a las ideas).

Zenón de Elea (s. v a. C.), discípulo de Parménides, defendió las tesis de su maestro presentando una serie de argumentos que mostraban el carácter absurdo de las tesis del movimiento y de la multiplicidad del ser. Su método consistió en lo que ahora llamamos la demostración

indirecta o reducción al absurdo. La más célebre de sus paradojas es la de Aquiles y la tortuga: pongamos que Aquiles solo corre diez veces más rápido que la tortuga; en el t_0 Aquiles está en la salida y la tortuga a 100 metros; en el t_1 (pongamos que 15 segundos) Aquiles recorre 100 metros y la tortuga 10; en el t_2 (que es $1/10$ de $t_1 = 1,5$ segundos) Aquiles llega al punto en el que antes estaba la tortuga y ésta recorre 1 metro; en el t_3 (que es $1/10$ de $t_2 = 0,15$ segundos) Aquiles recorre este metro pero la tortuga recorre un decímetro; y así sucesivamente. La estrategia del argumento consiste en considerar los tiempos cada vez más pequeños, precisamente en la proporción en que Aquiles le aventaja a la tortuga en velocidad ($1/10$), de este modo, aunque en tiempos y en distancias cada vez más pequeñas (una décima parte en cada tiempo considerado) Aquiles nunca alcanzará a la tortuga, y así la tortuga irá llevando la ventaja hasta espacios infinitamente pequeños. Recorrer un número infinito de puntos parece suponer, por tanto, recorrer un tiempo infinito. Aquiles no podrá alcanzar jamás a la tortuga aún cuando, evidentemente, se vaya aproximando infinitamente a ella.

Esta paradoja puede resolverse matemáticamente en la actualidad gracias al cálculo infinitesimal (derivadas/integrales) y supone reconocer la existencia material del punto en la medida en que la geometría define la línea como la composición de infinitos puntos. Si negamos esta existencia la paradoja se disuelve.

2

La ilustración griega. Sócrates y los sofistas

En el siglo v a. C., la ciudad de Atenas sufrió un proceso de ilustración —en el que estuvieron implicadas otras ciudades que son las que exportaron a buena parte de los artífices de la misma— que consistió, fundamentalmente, en una transformación semántica profunda del concepto de *physis* ('naturaleza'), el cual había preocupado a los pensadores iniciales o filósofos presocráticos. Como muy bien exponen Alberto Hidalgo, Carlos Iglesias y Ricardo Sánchez en un manual de Historia de la filosofía tan minoritario como necesario (Anaya, 1978):

No se trata sólo de que el interés de estos pensadores se desplace desde el «mundo natural» al «mundo social», recayendo ahora sobre el hombre como ser intelectual y sobre su peculiar creación,



Protágoras. Escultura sita en el *Burger Federal Building* de St. Paul, en el estado de Minnesota (Estados Unidos). Su autor es Charles Ginnever.

(*prítania*) cambiaba diez veces al año periódicamente. Pericles perfecciona aún más el sistema abriendo la posibilidad de ser arconte a las clases más bajas. Sin embargo, fue el gestor de las contradicciones que acabarían con el esplendor de Atenas: contradicciones propias de un estado que practica el imperialismo en el exterior y se muestra orgulloso al mundo de su democracia interior (en la cual los derechos políticos solo los tienen unos pocos varones, libres y nacionales de Atenas).

Protágoras fue el más grande de todos los sofistas. Sostuvo que no hay diferencia entre lo que las cosas son y lo que creemos que son en un momento dado. Todas las opiniones son verdaderas en lo que refiere a la sensibilidad: no hay diferencia entre parecer y ser. La cuestión

3

Platón de Atenas

Aristocles o Platón (427-347 a. C.) —apodado así en su etapa de luchador por sus anchas espaldas— es el primer pensador del que se conserva un cuerpo de escritos que permite decir que tuvo un sistema filosófico. Tener un sistema quiere decir que su filosofía comprende cuestiones metafísicas, de teoría del conocimiento, antropológicas (teoría del ser humano), éticas, estéticas y políticas, que intentan dar solución a los problemas teóricos y prácticos de su época. Los problemas teóricos fundamentales a los que Platón se enfrentó tenían que ver con la estructura de la realidad: ¿es todo materia o hay algo no material, espiritual? Los filósofos anteriores a Sócrates y Platón dieron respuestas contradictorias a esta pregunta. Los problemas prácticos tenían relación con la educación y la política. Sócrates y Platón estaban en contra del sistema educativo tradicional de Atenas



Recreación del mito de la caverna (1604). Grabado de Jan Sanraedam (1565-1607) en base a una pintura de Cornelis van Haarlem (1562-1638). Conservado en el British Museum.

todas las cosas, la única esencia o forma que se relaciona directamente con todas las otras.

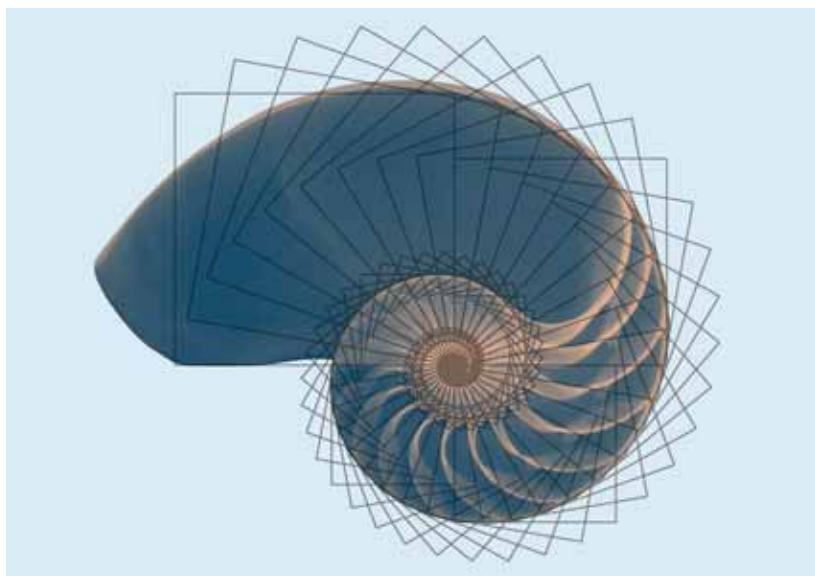
Frente a los hedonistas, Platón sostiene que el bien no puede ser el placer porque el placer carece de realidad propia como nos explica Werner Jaeger:

El argumento principal estriba en que la mayoría de nuestras llamadas sensaciones de placer no son otra cosa que la sensación de vernos libres de algo desagradable, es decir, algo puramente negativo. Las «mayores» sensaciones de placer que experimentamos resultan emanar, si nos fijamos bien en ellas, de esta fuente negativa, es decir, nacen de la quietud producida al desaparecer la angustia que causaba un estado o una situación que nos producía dolor o desasosiego. Platón compara este fenómeno, en el que la quietud situada en un lugar intermedio entre el placer y el dolor es sentida como algo positivamente placentero, con la ilusión

4

Aristóteles de Estagira

Aristóteles nació en la antigua Estagira (no en la localidad que hoy lleva este nombre) en el 384 a. C. Era, pues, macedonio. Como apunta sagazmente Paul Strathern (*Aristóteles en 90 minutos*), la forma en la que los griegos antiguos miraban a los macedonios es similar a aquella en la que los franceses actuales miran al mundo anglosajón. No obstante, Estagira fue una colonia griega, no era territorio bárbaro. El abuelo de Alejandro Magno tuvo al padre de Aristóteles como médico de la Corte. La riqueza del médico le permitió mandar a su hijo a estudiar al mejor de los centros posibles (junto a la escuela de Isócrates, el discípulo de Gorgias): la Academia de Platón. Esta, al menos, es la versión más benévola de la historia. Otras versiones no tienen tan claro que Aristóteles no hubiera cometido ni un solo *pecado* de juventud. Sea como fuere, Aristóteles fue un discípulo fiel de su maestro durante dos



El número áureo, número de oro, número de la proporción divina, o número phi está relacionado con la sucesión de Fibonacci (1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21...), la cual se encuentra presente en proporciones de todo tipo, desde proporciones en el arte, la naturaleza en general hasta estructuras arquitectónicas. Un ejemplo de rectángulo áureo en el arte es el alzado del Partenón griego, por tanto el número áureo es representado por la letra griega ϕ (phi) en honor al escultor griego Fidias (imagen y explicación por cortesía de Roberta Conti).

serían el orden, la proporción, la luminosidad y el ritmo. Todo lo bello es bueno y agradable pero no todo lo que resulta bueno es bello ni todo lo placentero es bello.

Con respecto al quehacer artístico, Aristóteles considera que el buen artista es el que sabe imitar (no meramente copiar):

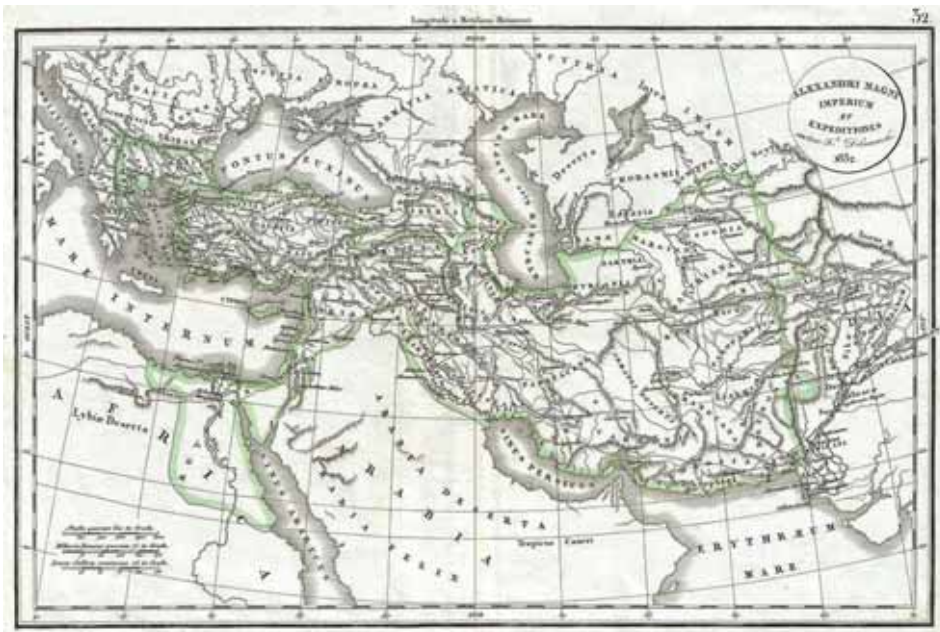
Lo que Aristóteles tenía necesariamente que hacer era conciliar los puntos de vista de los sofistas sobre la poesía con los de Platón, haciendo que la verdad de la poesía no fuese opuesta a la verdad de la filosofía, lo que de paso repercutiría en la moralidad de la poesía. Y no tardó el Estagirita en descubrir la clave de tan importante planteamiento.

5

Helenismo grecorromano

Los términos «helenismo» y «helenístico» son derivados del verbo *hellenízein*, que significa ‘hablar griego’ o ‘actuar como griego’. Fue la lengua la portadora de las ideas y los modos civilizadores de Grecia, que se diseminaron por toda la amplia zona atravesada por las tropas de Alejandro. Fundador de ciudades, el conquistador macedonio fue verdaderamente revolucionario al procurar la fusión de lo griego y lo bárbaro en una unidad civilizadora superior. Trató de superar las habituales barreras de raza y de tradiciones locales para hermanar a todas las gentes en una comunidad superior, con los ideales de la *paideia* helénica. La lengua común, *koiné diálektos*, como especie de *lingua franca*, sirvió a la expansión del espíritu griego, con su arte, su religión, su literatura, su filosofía.

La filosofía helenística: éticas y sistemas
Carlos García Gual y María Jesús Imaz



Imperio de Alejandro Magno según el Atlas de *La Geographie Ancienne, du moyen age, et moderne* (1832)

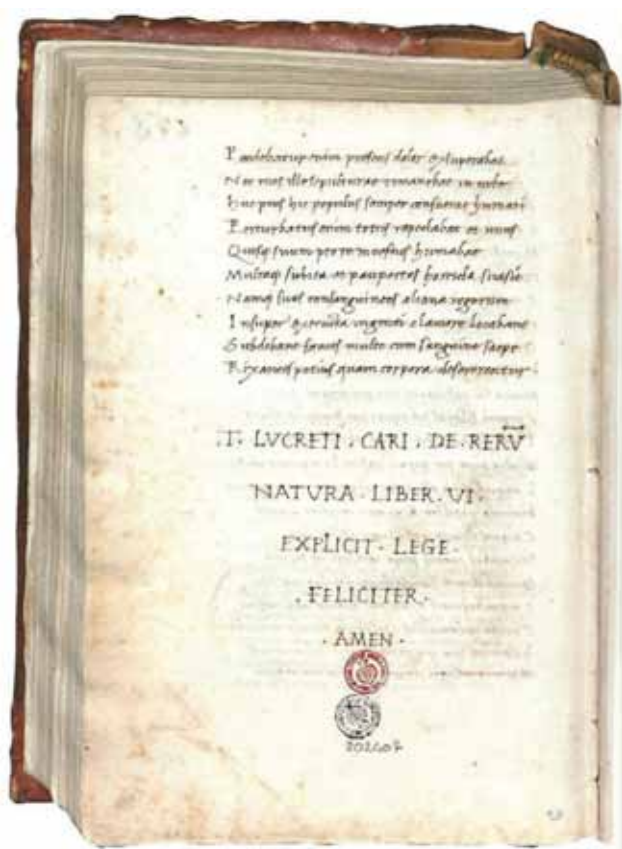
coaches profesionales. Las tres formas de pensamiento que destacan y han dejado una huella histórica notable son el estoicismo y el hedonismo.

Los apartados en los que se desarrolla este capítulo son:

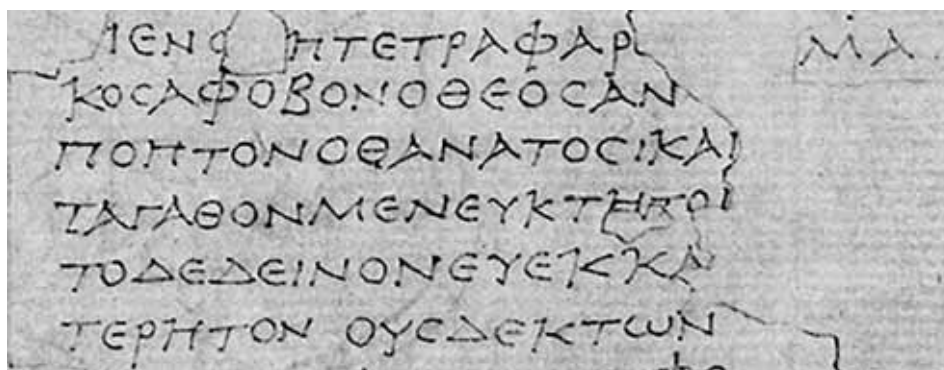
- La escuela estoica
- El hedonismo o epicureísmo

LA ESCUELA ESTOICA

El principio fundamental de la conducta ética para un estoico es la *ataraxia* o imperturbabilidad, es decir, una disposición del ánimo gracias a la cual alcanzamos el equilibrio emocional mediante la disminución de la intensidad de nuestras pasiones y deseos, y mediante



De rerum natura,
de Lucrecio



Tetrafármaco. Parte de un papiro de la obra de Filodemo contra los sofistas, del siglo primero después de Cristo.

6

Filosofía cristiana y cristianos que filosofan

Antes de comenzar a exponer el pensamiento medieval, vale la pena leer estos dos fragmentos bíblicos; en el primero de ellos, del Evangelio de san Juan, se ve en qué se fundamenta teóricamente la fusión de la Filosofía griega con la mentalidad judeo-cristiana (esta última reinterpretó el *Logos* griego en clave de *Verbo divino* encarnado); en el segundo se muestra la astucia con la que san Pablo fue capaz de «hacer hueco» al cristianismo en el Areópago de Atenas, el centro mismo de lo que quedaba del esplendor intelectual de Grecia (ambos están extraídos de la versión directa de las lenguas originales de la Biblioteca de Autores Cristianos, elaborada por E. Nácar y A. Colunga).

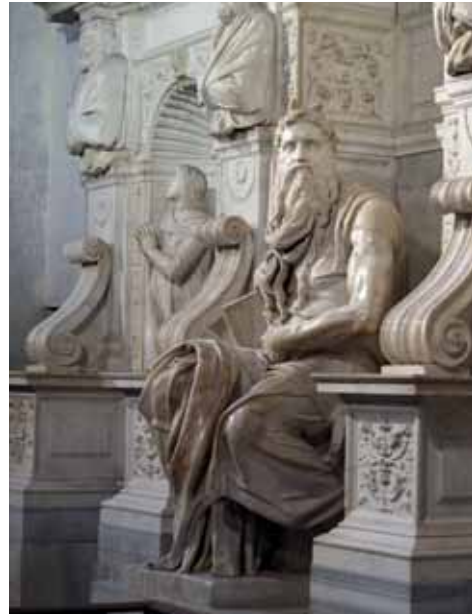
El Evangelio de san Juan es el único de los cuatro que no es sinóptico, su estilo no es directo y vívido (frente a Mateo, Marcos y Lucas) y no nos va descubriendo quién



San Juan
Evangelista
según la
ilustración de la
obra *Labirinto
de Mil Corações
Mudos*.

es Jesús según transcurre el relato sino que es abstracto, sistemático. Es decir, tiene «aire filosófico» y comienza con la esencia misma de lo que es Jesús para luego ver cómo eso se va haciendo concreto en un momento histórico determinado. Este Evangelio facilitó enormemente, pues, la fusión entre filosofía y cristianismo. Así comienza:

Al principio era el *Logos*,
Y el *Logos* estaba en Dios,
Y el *Logos* era Dios.
Él estaba en principio en Dios.
Todas las cosas fueron hechas por Él,
Y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.



Monumento a Julio II,
en San Pietro in Vincoli
(Roma). *Moisés*, por
Miguel Ángel.

referirse a dos tipos de órdenes políticos en función de cada uno de esos principios: Jerusalén, cuyo testigo habría sido tomado por la Iglesia católica (la ciudad de Dios) y el decadente Imperio romano como relevo de Babilonia. No obstante, las ideas de ciudad de Dios y ciudad terrenal son ideas morales y espirituales: un hombre puede ser cristiano y pertenecer a la Iglesia, pero si su principio de conducta es el amor a sí mismo y no el amor a Dios, entonces su reino es de este mundo, no habita en la ciudad de Dios («Incluso los hijos de la pestilencia —escribe Agustín— se sientan a veces en la silla de Moisés»). Del mismo modo, si un jefe de Estado se conduce bajo la dirección del amor de Dios, se propone la justicia y la caridad, pertenece espiritualmente a la ciudad de Dios. Este es el sentido de lo que dice el Evangelio: «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». La sociedad se define como «una multitud de criaturas racionales asociadas de común acuerdo en cuanto a las cosas que aman». Tal definición puede ser aplicada incluso a un Estado pagano y cuando sus miembros persigan lo bueno



El Eriúgena,
en una
ilustración de
un manuscrito
conservado en
la Biblioteca
nacional de
Francia (París)

no por sí mismo. De manera similar se manifestará la esencia divina en las inteligencias por medio del intelecto, en las razones por medio de la razón, no por sí misma.

División de la naturaleza (Periphyseon)

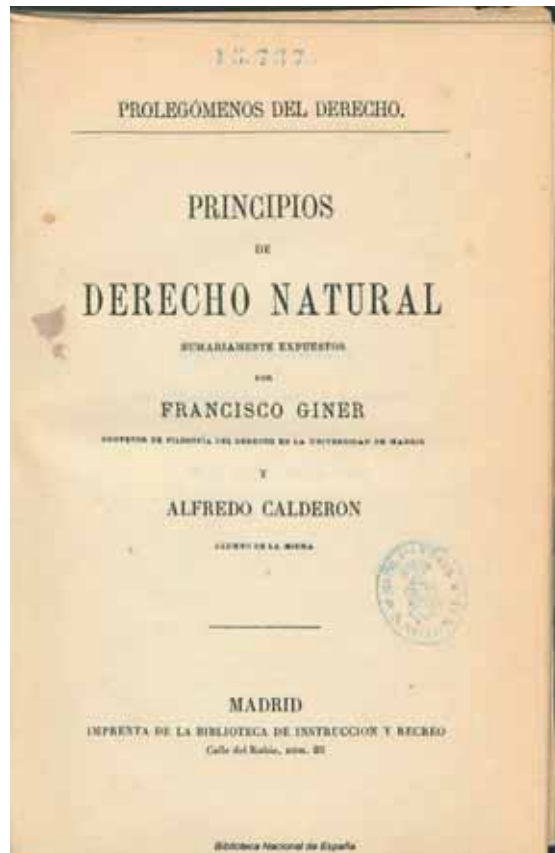
La obra de Juan Escoto Eriúgena (quien destacó entre aquellos que formaron parte de la élite intelectual de la corte de Carlos el Calvo, nieto de Carlomagno) tiene un especial interés en confrontación con su coetáneo Godelcasco de Orbais (806-868). Este monje benedictino sostuvo que, como no podemos saber lo que Dios nos depara, cabe afirmar una doble predestinación: buenos-salvación y malos-condenación. Somos como juguetes en manos de Dios, según Godescalco. El destino que, precisamente, esta afirmación le deparó al monje sajón fue atroz: degradación, flagelación, retractación, cadena perpetua y negación de la extremaunción. Godescalco se apoyaba argumentalmente en san Agustín defendiendo que los herejes eran, precisamente, sus acusadores por no



Cástor y Pólux, los Dióscuros. Ni los gemelos más idénticos comparten la haecceidad que los diferencia.

Volviendo a las mesas del carpintero minucioso o a los gemelos, si pensamos como Scoto en lugar de como pensó Tomás tendremos que asumir que en la naturaleza —y muy probablemente tampoco en aquello que los hombres han podido fabricar o construir hasta que llegó la era industrial de reproducción mecánica— no hay dos cosas iguales. Ni siquiera dos gemelos aparentemente idénticos. Santo Tomás distinguía, como es obvio, la mismidad de la igualdad. Dos cosas iguales no son la misma en virtud de esa *materia signata quantitate* de la que cada cual está hecha, aseveraba Tomás. Dos cosas iguales no son la misma porque no hay dos cosas iguales, venía a decir Scoto (podemos darnos cuenta de la importancia que este autor tendría para algunos filósofos posmodernos conocidos como filósofos de la diferencia). Esto no significa que reconozca una esencia para *cada* ente o que niegue las esencias sino que reconoce una forma

Principios del Derecho natural, por el célebre Francisco Giner de los Ríos y Alfredo Calderón (1873)



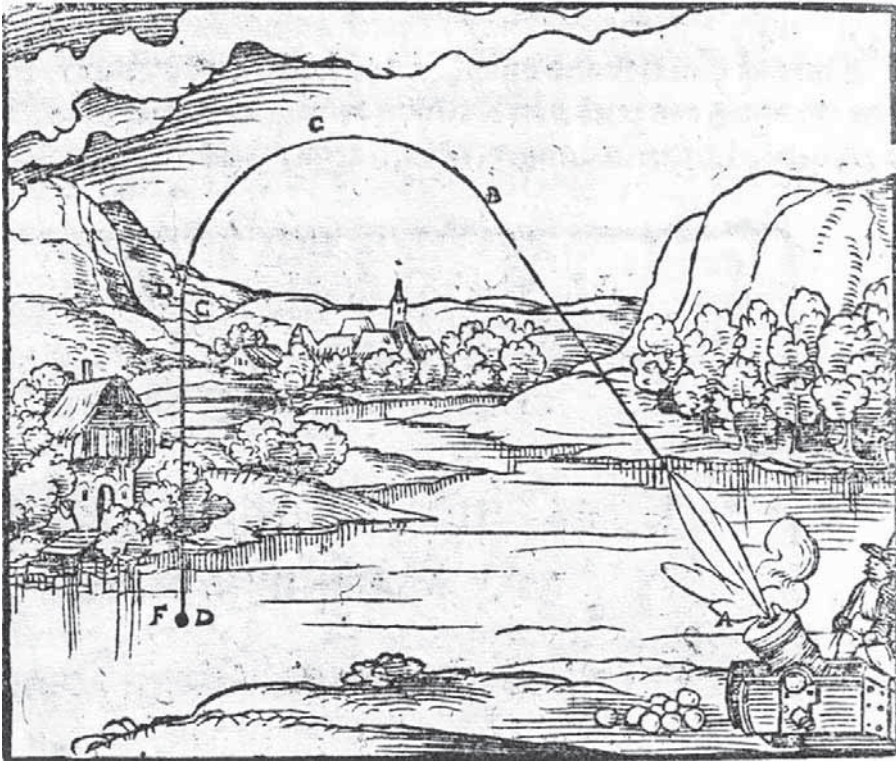
Con respecto a la desobediencia civil y la objeción de conciencia como respuestas a un ataque contra la religión, a las decisiones de un gobierno injusto, a un sistema tributario confiscatorio o bien a una ley contradictoria con la ley natural, santo Tomás es claro:

Las leyes pueden ser injustas de dos maneras. En primer lugar, porque se oponen al bien humano, al quebrantar cualquiera de las tres condiciones señaladas: bien sea la del fin, como cuando el gobernante impone a los súbditos leyes onerosas, que no miran a la utilidad común, sino más bien al propio interés y prestigio; ya sea la del autor, como cuando el gobernante promulga una ley que sobrepasa los poderes que tiene encomendados; ya sea la de la forma, como cuando las cargas se imponen a los ciudadanos



Boceto encontrado en un manuscrito
de la *Summa Logicae* (1341)

diversos, individuos distintos. El paso que Scoto no dio, a pesar de su afirmación de la *haecceidad* como principio de individuación, lo da Ockham: solo hay entes individuales y en ellos no está encastrada ninguna esencia universal. Se asemejan y por eso los etiquetamos con los mismos términos. Pero no participan de una esencia común. El concepto debe entenderse no como una abstracción de la esencia, sino como una recolección de rasgos que se agrupan en conjuntos de notas o características a los que se aplica el mismo nombre. De ahí que a esta corriente filosófica, similar a la del sofista Gorgias, se la conozca como nominalismo o terminismo en su versión más extrema (Roscelino de Compiègne, siglo XI), la cual afirma que los universales son tan solo *flatus vocis*, emisiones de voz



La cuestión del ímpetu se tornaría fundamental en el momento en que comenzaran a aparecer las armas de fuego. La imagen está contenida en una obra de Walther Hermann Ryff, conservada en Basilea, cuyo título se puede traducir como *Arquitectura de todas las artes matemáticas y mecánicas más recientes* (1582).

ejercicio admirable de síntesis santo Tomás), sino en el sentido de que la fe tiene sus asuntos y la razón debiera ya empezar a ocuparse de los suyos. Problemas tales como la investigación científico-natural que algunos ockhamistas se atrevieron a realizar, tales como Juan Buridán y Alberto de Sajonia, quienes desarrollaron la teoría del *impetus*. Esta teoría refutaba la disparatada (para el saber actual) teoría aristotélica según la cual los proyectiles seguían en movimiento sin necesidad de una fuerza ajena que actuase sobre ellos porque el aire que desplazaban los empujaba por la cola. Es decir, en el vacío ni el mejor

7

Razón, experiencia y método científico

Durante este capítulo se tratará del modo en que el racionalismo y el empirismo fueron reacciones al método hipotético-deductivo de la ciencia quien llamó al mismo resolutivo-compositivo. Este método fue ya ejecutado en su perfección por Galileo, aunque interpretado dentro de esquemas que no acaban de romperse. Porque, en efecto, aunque Galileo despotricara contra esos peripatéticos incapaces de entender el más simple de los razonamientos, aun así él mismo no supo reivindicar la importancia de la estructura epistemológica del método hipotético-deductivo, como una conquista en sí misma. Centrado en sus controversias con los seguidores de Aristóteles (peripatéticos), estos llegaron a tornarse personales en el caso del papa de Roma. La preocupación por el método científico en sí mismo la encontraremos tanto en Descartes (*Discurso del método*), padre del



La escuadra y el compás son herramientas de la arquitectura y símbolo universal de la masonería. Leibniz gustaba de la metáfora arquitectónica para referirse al autor de las cosas.

un Dios que no se diferencia tanto del aristotélico. Los accidentes aristotélicos no son tales, para Leibniz. En relación con cada mónada todo lo que acaece le es sustancial, define su ser, pues no hay contingencia. Todo sucede por necesidad. De algún modo, esencia y *haecceitas* se identificarían. La esencia del individuo y el principio de individuación escotista son lo mismo. Stewart, en *El hereje y el cortesano*, cita a Hegel (1770-1831) y a Russell (1872-1970), quienes consideraron la metafísica leibniziana como una construcción arbitraria, una novela metafísica o un cuento de hadas.

Sin embargo, el pensamiento leibniziano da en la posteridad lugar a una conquista filosófica de cierto interés (dejando a un lado el máximo interés que para las ciencias tiene la grafología o geometría no espacial de las relaciones entre nodos, el cual es también un descubrimiento leibniziano y que está absolutamente emparentado con la monadología). Esa conquista filosófica es el perspectivismo, etapa madura del pensamiento de José Ortega y Gasset (1883-1955), una vez superada



En una calle de York podemos encontrar esta señal que indica dónde visitar la fábrica de cerveza (causa) y donde acudir a los baños (efecto) en la misma dirección. Causa y efecto están relacionados epistemológicamente, no ontológicamente.

un conjunto de impresiones semejantes con otro, entonces decir que el alma, el universo o Dios son la causa de algo es un espejismo y un autoengaño. Eso no significa que tengamos que concluir que no existan. No es que sea falso. Es que no se puede saber. Sencillamente. Incluido también eso que los científicos de la época de Hume llamaban universo, como si lo pudieran comprender totalmente, como una unidad, algo que es absolutamente imposible.

Los racionalistas habían definido estas tres *realidades*, de las que no hay impresión ninguna, como sustancias (en esta categorización dentro de la sustancia, Descartes llamaba al alma, *res cogitans*; al universo y al cosmos, *res extensa*; y a Dios, *res infinita*). El concepto de sustancia viene de Aristóteles: es aquello que sostiene o sustenta a los accidentes. Pero en Aristóteles la sustancia refiere a aquello que, en sus aspectos formales, constituye la esencia de un ente de un determinado género de entre múltiples de ellos. La época moderna, con el

8

La síntesis moderna: Kant

En este capítulo conoceremos el pensamiento plenamente ilustrado de Kant, quien consiguió realizar la síntesis entre racionalismo y empirismo mediante su filosofía trascendental. El capítulo consta de los siguientes apartados:

- Razón teórica: conocimiento de la realidad y peculiaridad del juicio estético
- Razón práctica: teoría de la moralidad, ética y fundamento del derecho
- Juicio histórico y pensamiento político en diálogo con Rousseau, Locke y Hobbes
- ¿Qué puedo saber, qué debo hacer y qué me cabe esperar?

9

Cuando la historia de la filosofía devino en filosofía de la historia

La filosofía de la historia se encuentra a medio camino entre la filosofía política y la filosofía pura. Nació mezclada con la ética, la filosofía y teoría políticas y, también, en ciertos casos, con la filosofía y la teoría del derecho. Tomó entidad, a pesar de esta mezcolanza, en la Ilustración, a raíz de la Revolución francesa. Por supuesto, ya se hacía historiografía y también se había escrito teología de la historia, no sin riesgos doctrinales (el caso de Joaquín de Fiore y el Concilio de Letrán de 1215 son buena muestra de ello, como vimos). Esta última aportó la concepción lineal del tiempo con la idea de que la línea desemboca en un fin absoluto determinado. Tales ideas, nociones, serían recogidas por la filosofía de la historia, pero secularizándose.

¿Cuáles son las condiciones de su surgimiento? Hasta finales del siglo XVIII la estructura social era

Hegel contempla a Napoleón a caballo en Jena, antes de abandonar la ciudad, en 1806. La imagen procede del *Harper's Magazine* (1895).



la discusión acerca de problemas cruciales en la filosofía kantiana: la oposición entre fenómeno y noúmeno; la oposición entre libertad y determinismo; finalmente, la oposición entre moralidad y derecho. Los tres cayeron bajo la rúbrica de filósofos idealistas porque resolvieron que la única realidad auténtica es la cosa en sí, es decir, lo que epistemológicamente Kant denomina noúmeno (lo que ha de suponerse allende los fenómenos que la sensibilidad y el entendimiento presentan al sujeto).

Centrándonos en Hegel, su propuesta dialéctica para la comprensión total es omniabarcante. Comprende tres momentos: la afirmación, la negación y la negación de la negación (superación que conserva los momentos anteriores). El idealismo de Hegel consiste —de ahí su interés en presentarse como discípulo de Schelling— en la negación de la negación de los idealismos anteriores. Si Fichte era el idealismo subjetivo (el yo no está determinado por nada, sino que él determina todas las cosas y produce la



Monumento a Feuerbach en Nüremberg

cometido consiste en disolver el mundo religioso, reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, el que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo mismo.

[...] Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales.



Facsimil de la edición original de *El manifiesto comunista* en Londres (1848)

hegelianos de izquierda, sino que es la resultante de las distintas formas en las que se ha dado la tensión entre una clase dominante y otra dominada, es decir, entre quienes han poseído y poseen los medios de producción y los que no. Se preguntan nuestros autores:

¿Cómo explicarse que el comercio, que no es sino el intercambio de los productos de diversos individuos y países, llegue a dominar el mundo entero mediante la relación entre la oferta y la demanda —relación que, como dice un economista inglés, gravita sobre la Tierra como el destino de los antiguos, repartiendo con mano invisible la felicidad y la desgracia entre los hombres, creando



Marx y Engels

burgués y de Rousseau, cuyo concepto de voluntad general fue integrado por Hegel y presuntamente desvelado en su misterio por Marx en *La ideología alemana*:

El derecho privado proclama las relaciones de propiedad existentes como el resultado de la voluntad general. El mismo *jus utendi et abutendi* (derecho de uso y abuso) expresa, de una parte, el hecho de que la propiedad privada ya no guarda la menor relación con la comunidad y, de otra parte, la ilusión de que la misma propiedad privada descansa sobre la mera voluntad privada, como el derecho a disponer arbitrariamente de la cosa. En la práctica, el *abuti* tropieza con limitaciones económicas muy determinadas y concretas para el propietario privado, si no quiere que su propiedad, y con ella su *jus abutendi*, pasen a otras manos, puesto que la cosa no es tal cosa simplemente en relación con su voluntad, sino que solamente se convierte en verdadera propiedad en el comercio e independientemente del derecho a una cosa.

10

El eclipse sobre Occidente

Después de Kant, la filosofía contemporánea dio lugar a la aparición, en el siglo XIX, a múltiples corrientes entre las cuales destacan por su repercusión actual (siglo XX hasta nuestros días) el materialismo histórico de Marx, como hemos visto en el capítulo anterior, y el vitalismo e irracionalismo de Nietzsche, que será expuesto a continuación. Ambos, junto a Freud, conforman lo que el filósofo contemporáneo Paul Ricoeur llamó el *Magisterio de la sospecha*. Antes de la muerte de Kant, algunos filósofos como Fichte ya intentaron rebasar otra vez los límites del conocimiento que el mismo Kant estableció en la *Crítica de la razón pura* (entre otras obras). Con el tiempo surgió un nuevo idealismo, el hegeliano, que en lugar de entender la dialéctica como el ascenso individual a un estadio superior del conocimiento (Platón) la concibe como un proceso histórico que se da a lo largo del tiempo, que es colectivo (de la humanidad) y que solo es posible por resolución de la

11

Wittgenstein y Heidegger: dos sendas de bosque se encuentran en el claro

«Holz» [madera, leña] es un antiguo nombre para el bosque. En el bosque hay caminos por lo general medio ocultos por la maleza, que cesan bruscamente en lo no hollado. Es a estos caminos a los que se llama «Holzwege» [«caminos de bosque, caminos que se pierden en el bosque»]. Cada uno de ellos sigue un trazado diferente, pero siempre dentro del mismo bosque. Muchas veces parece como si fueran iguales, pero es una mera apariencia. Los leñadores y guardabosques conocen los caminos. Ellos saben lo que significa encontrarse en un camino que se pierde en el bosque.

Caminos de bosque
Martin Heidegger

Estos dos autores, procedentes en el origen de su pensamiento de dos tradiciones distintas (analítica-anglosajona y fenomenológica-continental), acabaron al final de su pensamiento arribando a conclusiones muy similares



Heidegger por caminos
de bosque

con respecto a la cuestión de la verdad y el lenguaje. Llegaron a claros cercanos porque los caminos sobre los que sus pasos avanzaron procedían de un mismo punto de partida. Ese comienzo es el pensamiento de Gottlob Frege (véase, de Claire Ortiz Hill, *Word and Object in Husserl, Frege, and Russell: The Roots of Twentieth-Century Philosophy*), con quien mantuvo una estrecha y fructífera relación intelectual el *alma mater* de cada uno de estos dos titanes del pensamiento occidental contemporáneo: Bertrand Russell (en Cambridge) para Wittgenstein y Edmund Husserl (en Friburgo) para Heidegger, respectivamente. Como hemos expuesto en otro lugar:

¿Es lo mismo tener un «sentido» que poseer auténtico «significado»? No lo es. Para comprender la diferencia es fundamental distinguir, de la mano del lógico y matemático Frege (1848-1925), entre

Epílogo

Las corrientes filosóficas que, desde 1945, inundan esa parte del globo que llamamos Occidente son múltiples. A esta gran multiplicidad se suman ciertos sociólogos con mucha repercusión que están muy cercanos a la filosofía y que deben ser, al menos, nombrados. Nos referimos a Zygmunt Bauman (1925-2017), Pierre Bourdieu (1930-2002) y Gilles Lipovetsky (n. 1944), autores de obras como *Modernidad líquida*, *La distinción* y *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, respectivamente.

Aquí nos limitaremos a exponer someramente las más influyentes que —siguiendo líneas abiertas por los pensadores de la época contemporánea que aquí sí han sido expuestos— no se traten, asimismo, de filosofías de consumo interno para iniciados y entre cuyos representantes más importantes se encuentre algún autor vivo y



Max Horkheimer, Theodor Adorno y un joven Habermas, a la derecha del todo. Imagen tomada por Jeremy J. Shapiro en 1964. El *Instituto para la investigación social* (Frankfurt) unió a todos estos pensadores en lo que conocemos como Escuela de Frankfurt. Habermas pertenece a la segunda generación. En esta fotografía se echa de menos a dos de los grandes de esta escuela: Herbert Marcuse (1898-1979), autor de *El hombre unidimensional*, y Karl-Otto Apel (1922-2017), de la primera y segunda generación de dicha escuela, respectivamente.

[...] Las comunicaciones políticas filtradas deliberativamente dependen de los recursos del mundo de la vida —de una cultura política libre y de una socialización política de tipo ilustrado y, sobre todo, de las iniciativas de las asociaciones conformadoras de opinión— que se constituyen y se regeneran de modo espontáneo y que, en cualquier caso, son, por su parte, difícilmente accesibles a los intentos de intervención y dirección política.

La inclusión del otro



Michel Onfray en una fotografía reciente. Onfray, como Žižek, es un filósofo que interesa a los no filósofos y que consigue llegar al público a través de los medios sin necesidad de que el receptor tenga que dominar rudimentos filosóficos muy técnicos ni conocer exhaustivamente la historia de la filosofía.

subterránea porque por primera vez la humanidad vive sin ninguna creencia metafísica» (Entrevista para *Babelia*, de *El País*, en mayo de 2015).

Otra de las líneas de pensamiento de Onfray que tiene una proyección pública importante es aquella que llama a la recuperación del enfoque ético de cínicos y hedonistas, auténticos *perdedores* de la historia del pensamiento occidental, frente a aquellos otros victoriosos que ya criticó Nietzsche. Intenta Onfray concluir así la tarea que Foucault inició en los últimos años de vida. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía* publicó en 2006 una interesante entrevista en la que

Bibliografía

- AGUSTÍN, S. *Las confesiones*. Madrid: Akal, 1986.
- ALTHUSSER, L. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- ANDREAS-SALOMÉ, L. *Friedrich Nietzsche en sus obras*. Barcelona: Minúscula, 2005.
- AQUINO, Tomás. *Suma teológica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- AUBENQUE, P. *El problema del ser en Aristóteles*. Madrid: Taurus, 1981.
- AURELIO, M. *Meditaciones*. Barcelona: Gredos, 2008.
- COPLESTON, F. *Historia de la Filosofía. Vol. 3. (De la Filosofía Kantiana al Idealismo)*. Barcelona: Ariel, 2011.